

XIV.

De cómo salió de la Inquisición Doña Inés de Medina.

Lo Santo Oficio tomó cartas en el negocio de la emparedada, que se aclaró por la prision de Luis y Marta; pero esto correspondia á los tribunales del fuero comun, y el Santo Oficio declaró que no siendo esta causa de fé, no podia intervenir.

Ademas, como nada se habia aclarado de la acusacion que se hizo contra D^a Inés por judaisante, la dama fué remitida á los tribunales de fuero ordinario.

Luis y Marta quedaron presos por la fractura de los sellos.

Luego que D^a Inés fué remitida á las cárceles de la audiencia, comenzaron á ponerse en juego mil intrigas por parte de los oidores para salvarla.

D. Frutos Delgado fué el primero que se presentó en la prision de la dama para saludarla, y mas bien como á una víctima de la desgracia y de la calumnia, que como á una mujer criminal.

—Creame vuesa merced, señora—decia D. Frutos—que todos estos padecimientos que sufre por amor de su Majestad, serán largamente premiados.

—Sin embargo—contestó D^a Inés—el secuestro de mis bienes no se ha levantado, y segun es la cuenta de gastos del proceso, gran parte de ellos entraron á las cajas del Santo Oficio.

—Aclarada ya la verdad de los hechos y muy pronto vuesa merced libre, podia presentar sus reclamaciones, y no dudo que se la hará justicia y será indemnizada.

—Felizmente no tengo en México mas propiedad que una casa en la calle de la Merced, que su señoría ya conoce, y cuya casa me causa horror porque en ella tuvo lugar la desgracia de mi padre.

—Esa casa, señora, ha sido vendida ya de órden del Santo Oficio.

—¿Y quién la ha comprado?

—Un desconocido, y á vil precio, porque con motivo de los acontecimientos y por el cuento ese de la emparedada, nadie hizo ni siquiera una regular postura.

—Hágase la voluntad de Dios!

—Y digo, señora; á propósito de la emparedada, y vea vuesa merced que no le habla el oidor, sino el amigo: ¿qué hay en toda esa leyenda? porque yo estoy resuelto á salvar á vuesa merced, y necesito saber la verdad.

—La verdad no la ocultaré á su señoría, porque demasiada confianza tengo en su lealtad, y es negocio este que á todos nos atañe; escuche su señoría:

—Escucho, señora.

—¡Recuerda su señoría que le prometí descubrirle el plan de la conspiracion, el nombre de los conjurados y en-

tregar los papeles que fueron estraidos del equipaje del marqués de San Vicente?

—Sí señora.

—¿Y recuerda su señoría cuándo fué esto?

—Sí señora, pocos días antes de que vuesa merced fuese presa por el Santo Oficio.

—Precisamente, y este es el hilo del negocio; seguramente los contrarios supieron esto, y por eso me denunciaron al Santo Oficio; pero esa mujer emparedada era la que me iba á decir todo.

—¿Cómo?

—Esa mujer tenía amorosas relaciones con uno de los conjurados, sin duda con el de mas confianza, porque á él se le entregaron los papeles del marqués de San Vicente.

—¿Quién se los entregó?

—Permítame su señoría que esto lo calle, porque es el mismo que me dió á mí el aviso, y creo que se le puede dispensar muy bien la falta por el servicio.

—Ciertamente, señora.

—Pues como decia: el hombre que recibió los papeles los trajo á depositar á la casa de esa D^a Laura, que es la dama emparedada.

—¿D^a Laura!

—Sí señor; súpelo en la misma noche ó á la siguiente, no lo recuerdo bien; pero juzgué que no sabiendo á dónde ella ocultaba esos papeles, era necesario que ella misma lo declarase.

—Muy bien pensado.

—Pero ella no podia declarar, estando en la casa, y era necesario, ante todo, sacarla de allí, y luego obligarla á confesar lo que sabia; ¿es verdad?

—Sí señora, veo que vuesa merced comprendió lo que habia que hacer.

—Por tanto, determiné sacar á esa mujer valiéndome del único arbitrio que tenia: robarla! Conozco que esto no era bueno; pero en fin, se trataba del servicio de su Majestad, y el servicio de su Majestad, es antes que todo.

—Ciertamente.

—Si se hubiera tratado de un asunto que me interesara á mí nada mas, quizá nunca me hubiera atrevido á dar este paso; pero por el rey no vacilé y robé á D^a Laura.

—Esa es mucha lealtad! . . .

—Llévela á mi casa, y allí tuve necesidad de pensar en una medida de rigor, que sin causar la muerte de esa mujer, la obligara por la fuerza á declarar lo que sabia, y á decir en dónde tenia los papeles.

—¿Y entónces?

—Entonces, pensé primero en el tormento; pero el tormento deja siempre huellas indelebles, que pueden servir de testigos á la acusacion; y además, el tormento acaba con las fuerzas del cuerpo y del espíritu; puede causar la muerte, y no es posible prolongarle por mucho tiempo, ni hacerle tan lento como se necesita.

—Es cierto—dijo el oidor como reflexionando profundamente en lo que decia D^a Laura.

—Por eso pensé en emparedarla; el terror debia ser el tormento, mas que la incomodidad de la prision, y sin peligro, pues no le faltaban los alimentos; aquella mujer debia permanecer allí hasta que confesase.

—¿Y confesó?

—Desgraciadamente cuando comenzaba la prueba, cuando aun en ella el rencor y la cólera hacian las veces del

valor y no podía apreciar realmente su situación, sus amigos, ignorando ó sabiendo que ella estaba presa, pero sí conociendo que yo tenía el hilo de todo, me denunciaron ante el Santo Oficio.

—Infames!

—¡Pero lograron su objeto!

—Y qué fué de esa dama?

—Lo ignoro; cuando fuí presa ella quedó allí.

—Pero cuando el comisario del Santo Oficio ha ido allá, la dama había desaparecido?

—Ese es un misterio que no alcanzo á comprender; solo tres personas lo sabíamos: yo, Luis y el otro hombre, cuyo nombre no he querido decir á su señoría; pero ninguno de estos dos ha podido sacarla, porque no tenían en ello intereses de ninguna clase.

—En todo caso, esa mujer ha desaparecido, y vuesa merced para salvarse debe negar todo resueltamente, y decir que son calumnias de sus enemigos que la acusaron falsamente á la Inquisición como judaisante, y luego, viendo que esto no la aprovechaba, le inventaron este nuevo crimen.

—Y el negar será bastante?

—Yo respondo de todo!

El oidor salió de la prision de D^a Inés, resuelto á hacer cuanto estuviera de su parte para salvarla, porque aquella mujer lo había hecho todo por el buen servicio de su Majestad.

En efecto, se siguió un proceso, durante el cual nada se supo del paradero de D^a Laura; D. Frutos y los demás oidores hicieron cuanto estuvo de su parte para salvar á la acusada, y D^a Inés fué absuelta y se le puso en libertad á muy poco tiempo.

Entretanto, el Señorito seguía enfermo de bastante gravedad, y Luis y Marta presos en la Inquisición por el negocio de los sellos.

El *Tapado* se había restablecido, y aunque no se había aclarado nada, porque él insistía tenazmente en su negativa, y su proceso seguía adelante.

D. Lope de Montemayor se había retirado de la sociedad, y casi nunca se le veía en las calles.

El secretario se separó del virey y se dirigió á la cárcel de la Audiencia.

D. Antonio de Benavides, sentenciado á la horca, habia sido *encapillado* desde el dia anterior; es decir, desde el lunes 10 de Julio.

El secretario del virey se dirigió pues á la capilla.

En una estancia no muy amplia, que tenia en el fondo un altar con una imájen de Jesucristo crucificado y delante de la cual ardian cuatro velas de cera, estaba D. Antonio de Benavides sentado en un sitial, y rodeado de sacerdotes.

D. Antonio estaba sumamente pálido, pero aquella palidez era mas bien de resultas de la penosa enfermedad que habia sufrido, que de la emocion que le causaba su próxima muerte; porque su mirada era serena, y su voz firme y segura.

Vestia ropilla y calzones negros, y colgaban de su cuello multitud de escapularios, rosarios y reliquias de santos.

D. Antonio escuchaba devotamente, pero con serenidad, las oraciones de los sacerdotes que le acompañaban, y entre los cuales por su fervor se distinguia á Fray Anjelo.

—Señor Castillo—dijo Benavides, al ver al secretario del virey—dispéñseme vuesa merced, si me he atrevido á llamarle, pero deseaba hablar con vuesa merced á solas, antes de que llegue mi última hora.

Benavides pronunció estas últimas palabras con tanta calma, como si no se hubiera tratado de su propia muerte.

Los sacerdotes que le asistian se miraron entre sí, y comprendieron que aquella era una indicacion para que se retirasen, y con prudencia fueron uno en pos de otro saliendo de la capilla.

XV.

De lo que pasaba en México el martes 11 de Julio de 1684.

N año casi habia trascurrido desde los acontecimientos que hemos referido en el capítulo anterior.

En el palacio del virey tenia lugar una fúnebre ceremonia.

El arzobispo y todas las comunidades religiosas ocurrían á dar el pésame al virey, por la muerte del Sr. D. Fray Payo Enriquez de Rivera, arzobispo y virey que fué de México.

El virey recibia el pésame y contestaba los discursos que con este motivo se le dirijian.

Terminada la ceremonia, el secretario del virey se acercó y le dijo en voz baja:

—Señor, me envía á llamar D. Antonio de Benavides.

—¿Y qué quiere?—preguntó el virey.

—Dice que tiene necesidad de hablarme: deseo saber si V. E. no tiene que disponer. . . .

—No; vaya vuesa merced en buena hora.

El último de ellos fué Fray Anjelo, y estaba cerca ya de la puerta cuando *el Tapado* le dijo:

—Desearia que vuesa merced oyese lo que tengo que decir.

Fray Anjelo se detuvo, y volvió á donde estaban Benavides y el secretario del virey; la puerta de la capilla habia sido cerrada.

—Pocas horas me quedan ya de vida!—dijo con solemnidad *el Tapado*—casi estoy en la presencia de Dios, y como si oyera vuesa merced hablar á una alma de la otra vida, así deseo que mis palabras las conserve en su memoria para repetírselas á S. E. cuando ya yo no exista.

El acento de Benavides, era tan tierno como solemne, su voz vibrante pero firme, se apagaba al terminar cada palabra como si aquella estancia no hubiera tenido un solo eco, ó como si el eco hubiera callado por no turbar aquella escena conmovedora.

Castillo, pálido por la emocion, escuchaba sin pestañear casi, y Fray Anjelo con el rostro inclinado lloraba silenciosamente. El alma de aquel fraile, era uno de esos espíritus privilegiados que no dejan nunca de sufrir con los sufrimientos de los demás, que no se connaturalizan con la desgracia de la humanidad: que miran y sienten cada ajeno dolor como si fuera el primero que conocen; su corazon era uno de esos corazones que no se endurecen á fuerza de ver penas, que no pierden la sensibilidad á fuerza de sentir.

—Diga vuesa merced á S. E.—continuó D. Antonio—que voy á morir, pero que no soy impostor; que soy marqués de San Vicente y castellano de Acapulco; que mis papeles venian en regla; que por un misterio que no puedo explicar esos papeles han desaparecido, pero que no soy un

impostor; sin embargo, voy á morir, y á morir en una hórca. Dios lo disponé así; quizá alguna de las acciones de mi vida me hagan acreedor al suplicio: Dios que me juzga lo sabe; y acabo su infinita justicia, á nadie culpo, á nadie denuncio, perdono á todos los que causa son de mi muerte. . . . y decidle tambien á su Escelencia. . . . que le perdono, que le perdono con todo mi corazon.

D. Antonio pronunció estas palabras con verdadera uncion, como si hubieran salido del fondo de su alma, y con toda la fuerza de su espíritu.

El secretario Castillo nada contestó; calló Benavides y todos quedaron en profundo recojimiento. Así trascurrió un largo tiempo.

—¡Nada mas tiene que decirme el señor marqués?—preguntó con respeto Castillo.

—Nada mas; qué no olvide vuesa merced nada de lo que le he dicho, y que así lo repita al señor virey cuando haya yo espirado.

El secretario se levantó, tendiendo los brazos á D. Antonio que se arrojó en ellos.

—Adios—dijo el secretario.

—Adios—contestó Benavides—y luego señalando al cielo agregó—allá espero á vuesa merced.

El secretario salió profundamente conmovido. Benavides se arrodilló delante del altar, y Fray Anjelo conteniendo apenas sus sollozos, exclamó:

—Hijo mio! hijo mio! Dios te abrirá las puertas de su eterna morada.

Despues se levantó mas tranquilo y se dirigió á Fray Anjelo.

—¿Creéis, padre mio—le dijo—que me salvaré?

—Ten fé en Jesucristo—contestó el relijioso—por él se abren las puertas del cielo: en estos momentos supremos y tristes para el mísero é ignorante mortal, la sangre del justo que purificó un mundo lleno de corrupcion y de maldad, cae como una lluvia de redencion sobre el espíritu; no temas á la muerte, hijo mio: la muerte no es mas que el llamamiento del padre á los hijos. Allá, en otra vida, en otro mundo, te esperan sonriendo los espíritus de tus padres y de tus hermanos y de tus amigos; allí los que fueron tus enemigos sobre la tierra, no tienen para tí mas que amor; allí cesa la lucha en que se ajita el alma entre esos dos verdugos que se llaman el temor y la esperanza, porque Dios es tu padre y te pide amor y confianza.

—Oh! sí, mi padre! mi padre!

—Nuestro padre, hijo mio; nuestro padre, padre nuestro.

—Padre nuestro que estás en los cielos—dijo con fervor D. Antonio, arrodillándose y recitando con devocion infantil la oracion dominical, que Fray Anjelo repetia en voz baja para no distraerle.

Benavides terminó su oracion, y quedó un momento pensativo; pero de repente exclamó:

—¡Y la horca! ¡el patíbulo! ¡la deshonra!

—¿La horca, el patíbulo, la deshonra? piensas en eso, hijo mio? y qué es todo eso? un modo de morir como otro cualquiera; un modo de morir para el cristiano mejor que cualquiera otro, porque le da tiempo para prepararse al viaje: ¿qué te importa eso que llamas honra, si tienes seguro el perdon de Dios? La horca y el sufrimiento son dolores y padecimientos de redencion, que si los ofreces á tu Dios serán la palma del martirio con que te presentes radiante en el cielo; deja el cuerpo, déjale, despréciale; el cuerpo es

como la vieja nave en que se ha atravesado por un mar proceloso durante una tormenta; llegas sano y salvo al puerto: ¡á qué mirar el viejo casco que ya para nada te sirve? ¡Navegante en los mares del mundo, si sientes ya sobre tu rostro el viento dulce de la eternidad y la luz indeficiente de la mirada de tu Dios! ¿por qué te apenas de abandonar el bajel que te ha conducido y en el que has estado á pique de zozobrar? ¡Mariposa que dejas el capullo en que has soñado la vida, tiende tus alas y mira el sol! Dios te llama, escúchale, y vuela feliz á su presencia! cree en él!

—Creo en Dios padre—exclamó D. Antonio, volviendo á caer de rodillas—Todopoderoso, criador del cielo y de la tierra.

Y Fray Anjelo repetia el Credo con el mismo fervor que el encapillado,

gozar de tan agradable espectáculo tenían que permanecer espuestos á los rayos del sol cuatro ó seis horas.

Y esto era ya una cosa tan comun, que cuando de algun hombre se queria indicar que moria en un patíbulo, se decia:

Este nos ha de dar un dia de sol.

En efecto, aquel dia el sol estaba *tomado por entero* por la muchedumbre, porque ni una sola nube cruzaba por el azul espacio de los cielos.

Oyóse por fin un sordo murmullo entre los que estaban mas cerca de la cárcel, y el murmullo fué recorriendo todas las bocas, hasta llegar á las estremidades de aquella masa de jentes.

—Allí viene! ya viene, ya le traen!

Repetian todos, procurando alcanzar á ver alguna cosa sobre aquel piélago de cabezas.

La triste comitiva salia ya de las puertas de la cárcel para recorrer con el reo, como era de costumbre, algunas calles antes de llevarle al patíbulo.

Aquello era como una ostentacion de crueldad, era como esos paseos que hacen los maromeros y saltimbanquis en los pueblos, que atraviesan las calles lujosamente vestidos, y al son de una música, antes de comenzar la funcion, con objeto de escitar la curiosidad pública y atraer mayor concurrencia.

A esto, los maromeros le llaman *el convite*.

La justicia en aquellos tiempos era como los maromeros, sacaba tambien *su convite*, salia á mostrar al pueblo la víctima, á recordarle que habia una diversion, que no cedia en crueldad, si bien era inferior en mérito, á los de los circos paganos.

XVI.

De lo que por fin aconteció á D. Antonio de Benavides.



ERA el miércoles 11 de Julio de 1684.

La luz de la mañana apareció triste, y la jente comenzó á tener tambien tristes presentimientos.

Cerca de San Gerónimo, las jentes de justicia encontraron el cadáver de un negro ahorcado que apareció allí sin saber quién le habia dado la muerte

En la plaza principal habia preparativos para ejecucion de justicia.

La infantería estaba fuera de palacio, los curiosos comenzaban á llegar de todos los extremos de la ciudad, y muy temprano se vió el Cristo de los hermanos de *la misericordia* entrar á la cárcel de la Audiencia.

Poco á poco fué aumentando la concurrencia de la plaza, y á pesar del sol ardiente de la estacion, nadie se separaba de allí, y por el contrario, á cada momento llegaban nuevos grupos.

Esperaban la ejecucion, y aquellas ejecuciones no eran á una hora fija, y los caritativos cristianos que deseaban

Pero aquello era con la buena y humanitaria intencion de moralizar al pueblo, escarmentándole y acostumbrándole á presenciar la agonía de un hombre en la horca ó en el garrote.

Y las damas nobles y las señoras aristócratas asistian á tan repugnante espectáculo, y este era el objeto de las conversaciones en las casas mas aristócratas, y cada uno se complacia en esplicar la escena, teniendo orgullo en recordar los menores movimientos y los mas insignificantes gestos de la víctima.

Con razon hay quien crea que la moral, la virtud y la caridad han perdido mucho con la moderada civilizacion.

Hoy los padres honrados son tan ignorantes, que piensan que es mejor leccion para un jóven un buen drama, que el espectáculo de un hombre á quien van á decapitar por sus crímenes.

Esta moderna generacion tiene la locura de querer abolir la pena de muerte, y esto es prostituir el clasisimo de las doctrinas del tiempo del maestro *Antonio Gomez y Carleval*.

D. Antonio de Benavides salió de la prision montado en un asno aparejado: se añadia la burla á la crueldad, y se pretendia que el vulgo riera del hombre que iba á espirar.

Un auxiliar del verdugo tiraba el ronzal del asno en que iba el sentenciado, y otro le daba golpes con un palo para obligarle á andar.

Benavides llevaba los ojos vendados y un crucifijo en la mano, y los escapularios y las reliquias que tenia en el cuello desde el dia en que se le encapilló, habian aumentado considerablemente.

Al rededor de él caminaban una multitud de sacerdotes regulares y seculares, que á voz en cuello gritaban á cada paso:

—¡Jesus te ayude!

—¡Jesus te acompañe!

Y delante de tan triste procesion el Cristo de la Misericordia y un muchachillo con una campana, que sonaba de cuando en cuando, causando tristeza y pavor en todos los que á oírle llegaban.

Un pregonero á cierta distancia gritaba: la justicia que se manda hacer contra Antonio Benavides, llamado marqués de San Vicente, por falsario, impostor y usurpador de títulos.....

Fray Anjelo caminaba al lado de Benavides, animándole y exhortándole en voz baja, sin abandonarle un solo momento.

Benavides iba densamente pálido, vestido con elegancia, pero descubierto de la cabeza.

Sobre su frente pálida se pegaban algunos rizos de su cabello negro, debajo de los cuales corria algunas veces una gota de sudor, que caia sobre la venda que cubria sus ojos.

La tribulacion y la angustia de aquella alma debian de ser muy grandes, pero D. Antonio iba tan firme sobre el aparejo del asno, como pudiera ir sobre la silla de un brioso corcel de batalla.

Aquel paseo duró lo menos una hora, y Benavides conoció que llegaba al lugar del suplicio por el rumor inmenso de la muchedumbre que le esperaba.

Abrióse entre el apretado jentío una calle por la que atravesó, al son de la fúnebre campana del Señor de la Misericordia, la comitiva que conducia á D. Antonio de Benavides.

Llegaron hasta el pié de la horca; *se apellidó*, como se decía en aquellos tiempos, la pena de muerte para el que alzare la voz y en favor del reo, y se hizo bajar á este de su humilde cabalgadura.

Indudablemente aquel fué el momento terrible, para el *Tapado*, al despedirse de los sacerdotes que hasta allí le acompañaban.

Abrazólos á todos con gran serenidad, aunque muchos de ellos lloraban.

—¡Adios, adios!—dijo Fray Anjelo.

—¡Hasta el cielo, padre mio!—contestó el *Tapado* con verdadera fé; y entregándose en manos de los verdugos, comenzó á subir con paso firme la escalera de la horca.

Desde ese instante, separado ya de Fray Anjelo, se encontró enteramente solo, y aunque aquello no debía durar ni un minuto, aquel vacío le pareció horrible.

D. Antonio llegó hasta el fin de la escalera, á donde habia una pequeña plataforma, y allí se irguió, alzó su rostro al cielo como si pudiera mirar al través de la venda que cubria sus ojos, y exclamó:

—¡Dios mio! recíbeme en tu seno.

Entretanto el verdugo pasó por el cuello de D. Antonio el nudo corredizo y se retiró; bajó repentinamente la plataforma de la escalera y el *Tapado* quedó suspendido del dogal.

Aquel cuerpo se estremeció por un instante convulsivamente, y despues.... nada. D. Antonio de Benavides habia espirado.

Al pié de la horca Fray Anjelo oraba postrado en tierra.

La multitud guardaba un pavoroso silencio.

Así pasaron dos horas, y sin embargo, ninguno de los asistentes se retiraba, y todo el mundo permanecía estacionado en la plaza.

Era que aun faltaba algo que hacer en aquel drama horrible; aun la justicia humana no estaba satisfecha con la muerte de aquel hombre.

Y la jente ávida de emociones no queria perder un solo de los actos de la justicia.

Y se iba á ajusticiar á un cadáver, lo cual sin duda no era contra el que habia sido un hombre, sino contra los que presenciaban la ejecucion, porque lo que se iba á seguir no tenia el carácter de un castigo, sino de una advertencia, de una amenaza.

Era decir á los hombres, que la venganza de los reyes y de sus representantes no perdona ni á los muertos.

Volvió á colocarse la escalera y á subir la plataforma encima de la cual aparecieron los verdugos con los rostros cubiertos con una máscara negra.

Silenciosamente descogaron el cadáver de Benavides, y lo tendieron en la plataforma.

Aquello que iban á ejecutar era lo que aun faltaba que ver á los curiosos.

Sin ceremonia de ninguna especie, uno de los verdugos levantó una pesada hacha, y cortó de un solo golpe la mano derecha del cadáver; despues hizo lo mismo con la izquierda, y se preparó á dividir la cabeza del tronco.

Pero entonces pasó una cosa siniestra; el sol, que habia comenzado á dar una luz rojiza y vacilante, que dibujaba informes las sombras, se fué oscureciendo como si una nube densa cubriera su brillante disco.

Todos alzaron los ojos para ver el sol, y en todo el firma-

mento no habia ni una sola nube. El cielo estaba puro y el sol eclipsaba (1).

Un estraño sentimiento de pavor se apoderó de cuantos estaban en la plaza.

Conmovidos por las escenas que acababan de presenciar, y con lo poco estendidos que estaban entonces los conocimientos científicos en México, el vulgo encontró una misteriosa relacion entre aquel hombre que acababa de morir, y aquel astro que velaba sus rayos.

Todos pensaron que la muerte de un inocente indignaba á Dios, y que aquel eclipse era la prueba del desagrado con que la Divinidad habia visto el sacrificio.

En un momento la gran plaza quedó desierta porque las jentes temerosas se retiraron á sus casas, y solo la tropa, los verdugos y Fray Anjelo permanecieron en sus puestos.

Cuando la cabeza de Benavides fué separada completamente del tronco, ningun curioso habia ya que la viese.

Una de sus manos fué clavada en la horea, la otra y la cabeza depositadas en una caja para ser enviadas á Puebla, á donde Benavides habia sido muy obsequiado, y el cuerpo en un miserable ataúd, conducido por unos presos al cementerio.

Soldados y verdugos habian desaparecido, y solo quedaba en la plaza, un fraile orando al pié de la horea.

Era Fray Anjelo!

(1) En el mismo dia miércoles 12 de Julio de 1684, en que ahorcaron á D. Antonio de Benavides el *Tapado*, y le cortaron las manos y la cabeza, hubo un eclipse de sol segun refiere el Lic. D. Antonio de Robles, en su *diario de sucesos notables*. (Nota del autor.)

XVII.

En donde se vuelve á hablar de D. Lope y de Doña Laura.



ASI al mismo tiempo que acontecia esto en la plaza, tenia lugar otra escena triste en la casa de D. Lope de Montemayor.

En una estancia, cuyas puertas casi cerradas dejaban apenas penetrar un débil rayo de luz, una mujer agonizaba.

Era D^a Laura: de un lado de su lecho estaban dos esclavas y del otro contemplándola sombríamente D. Lope de Montemayor.

La respiracion de aquella mujer era fatigosa, y grande la inquietud que mostraba ajitándose en la cama á cada momento, y pronunciando palabras cortadas é incoherentes

D^a Laura estaba horriblemente pálida y estenuada, era casi un esqueleto; sus ojos hundidos brillaban con un ardor febril, y dentro de su boca parecia pegarse su lengua á las fauces.

Las esclavas procuraban á cada momento componer las ropas de la cama, que la enferma arrojaba en su agitacion.

De pronto pareció entrar en un profundo sueño, y quedó tranquila como un niño dormido.

D. Lope, sin apartar la vista de aquel rostro demacrado, permaneció inmóvil mucho tiempo.

De repente se escuchó en la calle el sonido de la campanilla del Señor de la Misericordia.

Era que sacaban de la prision á Benavides para llevarlo al suplicio.

El sonido de aquella campana, que se acercaba, se fué haciendo cada vez mas perceptible en medio del silencio que reinaba en la habitacion.

Entonces D^a Laura, como despertando, abrió sus grandes ojos y paseó su mirada con estrañeza por toda la estancia.

Pero aquella mirada no era ya la mirada hosca ó vaga de un demente, era la mirada lánguida y triste de un enfermo.

D. Lope lo advirtió, y se levantó instintivamente de su asiento.

—D. Lope—dijo con ternura D^a Laura.

—Yo soy, señora, yo soy—contestó el jóven arrodillándose profundamente conmovido al pié del lecho, y tomando una de las manos de la dama.

—D. Lope ¿en dónde estoy?.....

—En vuestra casa, señora, en vuestra casa.

—¿Pues qué es esto?.... ¿qué ha sido de mí?....? he soñado cosas horribles....! pero no sé.... no puedo recordar....!

—Dejad eso señora, reposad, que bien lo necesitais....

—¡Ah....! ¿qué es eso?—esclamó D^a Laura oyendo con esa delicadeza de oido que tienen los moribundos, la campanilla del Señor de la Misericordia—..... ¿qué campana es esa?

—Es una procesion—contestó D. Lope tratando de distraerla.

—No.... esa.... esa.... no es procesion.... esa.... es la.... campana.....de los..... ajusticiados.... ¿á quién.....?

D^a Laura apenas podia continuar, y con su mano delgada y pálida procuraba hacer señas á D. Lope para concluir la frase.

Bien comprendia el jóven de lo que se trataba; pero no queria contestar directamente.

—Dejad eso, señora—decia—cuidad solo de vos, de vuestra salud. ¿Os sentís mejor?

—Sí, me siento bien: muy débil..... pero mis recuerdos..... ¿en dónde estaba yo?..... en mi casa.... luego unos hombres.... me sacaron..... una mujer.... D^a Inés, eso es.... D^a Inés....

—Señora, no recordeis eso, que son solo delirios de una fiebre y que tomáis por cosas reales.

—Puede ser.... puede ser..... pero esa campana.... todavía la escucho.... ¿quién?.... habia un hombre en peligro.... de muerte.... ¿quién era?.... ¿quién....?

D. Lope miraba con ternura á la dama, como siguiendo el hilo de aquellos muertos pensamientos.

D^a Laura quedó pensativa, y luego exclamó:

—Ah!.... ya recuerdo..... D. Antonio..... de Benavides..... ¿ya lo van á.... matar?

D. Lope calló y la dama calló también, y duró el silencio por mucho tiempo.

El sol comenzaba ya á eclipsarse, y las sombras iban envolviendo el aposento.

—Anochese?..... preguntó la dama.

D. Lope, estrañando aquella oscuridad, consultó su muestra.

—Es estraño—dijo—son apenas las tres.

Y levantándose, se dirigió al balcon; en la calle reinaba la misma oscuridad, y se veía pasar á la jente que volvia espantada de la ejecucion de Benavides y del eclipse.

—D. Lope—dijo D^a Laura.

—Señora—contestó el jóven, volviendo á su lado.

—Venid cerca de mí; siento un estraño vigor en mi cuerpo y en mi espíritu.

—Será que os aliviais.

—No, D. Lope, no; este será el último resplandor de una lámpara que se estingue: D. Lope, yo me muero!

—No digais eso!—esclamó espantado el jóven.

—Sí, yo me muero, no sé de qué! no lo sé! pero yo me muero.

—¡Señora!

—No me interrumpais, oidme: yo amé con delirio á un hombre, y ese hombre murió de una manera trágica. Le lloré toda mi vida; pero os conocí, me amásteis, y casi estaba á punto de corresponder vuestro amor; Dios no lo permitió y me hizo perder la memoria, y el espíritu de Mallades viene por mí; soy su esposa ante Dios, y no podía permitir que amara yo á otro hombre, tiene razon.... ¿comprendeis? tiene razon; perdonadme, si pude alentar vuestras esperanzas, yo misma me engañaba.... pero él me llama.... adios.... D. Lope.... no me olvidéis.... rezad por mí.

Y D^a Laura, como fatigada de aquel supremo esfuerzo, dejóse caer en el almohadon de la cama y cerró los ojos.

D. Lope tomó una de las manos de la dama y la llevó á sus labios.

Pasó un rato, y D. Lope miró el rostro de la dama, y se estremeció; tocó su frente, y estaba helada.

El jóven lanzó un grito: D^a Laura habia dejado de existir.

En este momento cortaban el cuello en la plaza al cadáver de D. Antonio de Benavides.